

## PRESENTACIÓN

Juan Irigoyen.

Departamento de Sociología. Universidad de Granada

Buenos días. Presentar a Enrique Gil Calvo un sábado a primera hora de la mañana parece una ironía, porque nos remite a un concepto reiterado en su libro "Estado de Fiesta". Se pueden evidenciar los efectos del *furor festivo* que atraviesa las sociedades contemporáneas.

La intervención del profesor Gil Calvo tiene como objetivo proporcionar algunas claves que nos permitan entender mejor la sociedad contemporánea. Cuando nos referimos a ésta, entendemos que resulta de la conjunción de múltiples cambios sociales. La aceleración de los mismos, junto a los efectos perversos que inevitablemente los acompañan, determinan un nuevo contexto global caracterizado por su complejidad.

Una de las características de la nueva sociedad es la emergencia de algunos problemas sociales que no encajan bien con la idea general dominante que se articula en torno al concepto progreso. Algunos acontecimientos sociales se presentan como paradójicos y suscitan desconcierto y dudas respecto a la dirección de los cambios sociales. La interrogación respecto a los nuevos problemas se dirige a las ciencias sociales y la sociología. La nueva sociedad aparece asociada a un grado considerable de incertidumbre y opacidad.

Este es el contexto en el que se produce la obra del profesor Gil Calvo. Sus libros y artículos significan aportaciones sustanciales a los problemas de la época. Si un rasgo caracteriza la obra de Gil Calvo es su originalidad. Su posición ante los acontecimientos siempre significa un punto de vista que enriquece las discusiones respecto a los hechos novedosos, los problemas y las respuestas que suscitan.

Enrique Gil Calvo es profesor titular de Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid. Es especialista en Sociología Política y Sociología del Género y la Familia. No obstante, su curiosidad e interés rebasa estos campos de conocimiento. Se puede afirmar que también es un sociólogo generalista, característica compartida por algunos miembros de la generación de sociólogos españoles que nace en los años setenta.

Pero, además de su condición de docente e investigador universitario, es un ensayista influyente en ámbitos más amplios en el mundo de los medios de comunicación, la política y la cultura. Es la única persona que ha obtenido los tres grandes premios de ensayo, Anagrama, con *La lógica de la libertad* en 1977; Espasa, con *Estado de Fiesta* en 1991, y Jovellanos, con la *Ideología Española*, en 2006.

Ha publicado veinte libros, muchos de ellos influyentes en tiempos distintos. En la materia de Cambio Social en la Facultad de Sociología

de Granada se han leído y discutido *Los depredadores audiovisuales*, de Tecnos, , de Anagrama y *El destino*, de Paidós.

Entre sus últimos libros destacan, *Medias Miradas*, Anagrama; *Nacidos para cambiar*, Taurus; *El poder gris*, Mondadori; *El miedo es el mensaje*, Alianza; *La ideología española*, Nobel, y *Máscaras masculinas*, Anagrama.

Asimismo es columnista del diario El País y colaborador de la Revista Claves. Algunas de sus columnas aportan imágenes certeras y sintéticas de las nuevas realidades sociales. Su posición siempre es original, no alineada mecánicamente en ninguna posición establecida, e incluso, en algunas ocasiones, inesperada. Algunas de las hipótesis que ha propuesto son sugerentes y estimulantes.

Por último quiero resaltar sus aportaciones al análisis de las generaciones y a distintas cuestiones vinculadas con el campo de la educación.

## **ALGUNAS CLAVES PARA LA COMPRENSIÓN DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA**

ENRIQUE GIL CALVO

Departamento de Sociología I. Universidad Complutense de Madrid

### ***Desarrollo humano, capital social y metaeducación***

Por encargo de los organizadores del congreso, cuya amable invitación agradezco, debo hacerme cargo de exponer las líneas maestras sobre las que parece dibujarse la dinámica futura de la sociedad actual. Pero hablando de líneas maestras, cualquier perspectiva que se proponga siempre habrá de partir de algún punto focal desde el cual poder trazar los ejes de proyección que permitan centrar el interés del observador. Y claro está, como no podía ser menos, en mi intervención este centro de atención estará ocupado por la educación, en el sentido más amplio de la palabra, que aquí identificaré con el concepto de 'desarrollo humano' a todo lo largo del ciclo vital.

A la hora de buscar las claves de la presente evolución social, podría proponerse una gran variedad de conceptos estratégicos, como pueda ser por ejemplo el de la 'globalización'. Pero no todos ellos afectan en igual medida a la educación, entendida como cultivo de las capacidades humanas. Por eso habré de seleccionar aquellos rasgos sociales que me parezcan los más críticos para definir, de una forma u otra, el futuro de la educación. Y en este sentido, el primer criterio prioritario es precisamente el de la 'formación continua', que ha de presidir el desarrollo de las biografías humanas en lo que se ha venido en llamar la sociedad de la información y el conocimiento.

Una formación continua, ésta, a la que ya hay que dedicarse en todas las fases del ciclo de vida, y no sólo en las etapas convencionalmente consideradas como de aprendizaje o educativas. Pero una formación continua que no es sólo técnica, instrumental y formalizada, tal como se la suele entender en el contexto de las teorías económicas del 'capital humano', sino que también es sobre todo informal, espontánea y expresiva, por lo que viene a coincidir y corresponder con lo que la sociología denomina proceso de socialización anticipada y la psicología evolutiva llama proceso de desarrollo humano.

Pues bien, éste será el ángulo central desde el que trazaré mi eje de perspectiva: el desarrollo humano como proceso a la vez formalizado e informal de formación continua a todo lo largo del ciclo vital; o como suele decirse, desde la cuna a la tumba, que son los términos convencionales en los que se inicia y se concluye la construcción de las biografías humanas. Un proceso de formación continua al que bien podría llamarse 'metaeducación', en el sentido de que se trata, cada vez más, de una estrategia intencional o espontánea de

adquisición y acumulación de recursos sociales y cognitivos con los que poder adaptarse a un futuro personal cada vez más imprevisible y contingente.

Lo cual es una forma de responder a la pregunta metaeducativa por antonomasia: ¿educarse para qué? No para hacerse rico, como sostiene la teoría del capital humano, sino para hacerse mejor, es decir, para ser más capaz de adaptarse con éxito a los diversos contextos sociales a los que apuntan y a los que se dirigen los procesos educativos porque constituyen su objetivo estratégico y su sentido último. Un objetivo y un sentido ya no cerrados y prefijados de antemano, como cuando se estudiaba para ‘sacar’ una carrera que constituía la ‘salida’ de los estudios porque capacitaba para obtener y ocupar un ‘destino’ en propiedad, sino ahora un objetivo abierto, móvil y cambiante, en la medida en que ya se ha convertido en una historia interminable: un indefinido proceso sinfín, que no tiene salida y cuyo destino último siempre queda más allá y al otro lado del visible horizonte educativo.

De modo que la clave principal de la sociedad contemporánea bien pudiera ser la necesidad de pasar de la educación a la metaeducación, como estrategia prioritaria de construcción biográfica. Y digo necesidad porque ese cambio de estrategia no ha surgido como una decisión intencional, libremente elegida por el voluntarismo del yo saturado (Gergen), sino que ha venido impuesta por cambios sociales que obligan a adaptarse a sus nuevas prescripciones y restricciones con voluntad o sin ella. A partir de aquí, me centraré en detallar de modo sintético esos cambios sociales imperativos, que han aconsejado adoptar y aceptar las nuevas estrategias metaeducativas.

En primer lugar, abordaré los cambios habidos en la estructura social, cada vez más frágil, inestable y desintegrada. En segundo lugar, analizaré los cambios experimentados por el sistema institucional, cada vez más desautorizado y desinstitucionalizado. En tercer lugar, describiré los cambios sufridos por el capital social, al decir de Putnam cada vez más fracturado, declinante y desconfiado. En cuarto lugar, me centraré en los cambios que afectan a la propia construcción biográfica, al decir de Beck cada vez más ‘individualizada’. Y por último, concluiré apuntando los cambios que afectan a la educación en sí misma considerada, obligando a transformarla en metaeducación.

### ***Desestructuración ocupativa***

Por razones fundamentalmente económicas, nuestra sociedad ha visto como su vieja estructura de clases, hasta hace poco relativamente ordenada y previsible, comenzaba a resquebrajarse, transformándose en un tejido social cada vez más fracturado, excluyente y dualista pero sobre todo aquejado de una grave inestabilidad estructural. Los modelos teóricos que lo explican son distintos, a partir de conceptos tales como la nueva economía postindustrial de los servicios (Bell), la globalización de los mercados financieros (Stiglitz), la sociedad del

riesgo global (Beck), el cambio de paradigma tecnológico (Freeman, Pérez) o la sociedad de la información (Castells). Pero para lo que aquí importa, el resultado de todos estos modelos viene a coincidir en la falta de sujeción de las personas a las posiciones que ocupan, lo que genera un creciente déficit de integración social.

La razón inmediata de esta desintegración estructural es la inseguridad del empleo precario, a causa de la especialización flexible del trabajo y la desregulación postfordista del mercado laboral. Hasta 1975, la mayoría de los empleos de cuello blanco (directivos, profesionales, funcionarios) y de cuello azul (obreros manuales e industriales) eran vitalicios. Pero en las últimas décadas, ese empleo estable está declinando para reducirse al mínimo, mientras crece sobremanera el empleo flexible y precario en los nuevos servicios personales, comunicativos y profesionales. Y este cambio en la estructura ocupacional ha desorganizado el sistema de clases sociales en un doble sentido.

El primer signo de desestructuración social es la pérdida de estabilidad en las posiciones socialmente ocupadas. Antaño, la mayoría de las posiciones o 'puestos' sociales se ocupaban en régimen de propiedad, y ello tanto si se era propietario, funcionario a sueldo, profesional o asalariado. Pero tras la generalización de la flexibilidad laboral, todos los puestos sociales se ocupan en la práctica de forma interina, sin ninguna garantía de permanencia o estabilidad, dada la probabilidad cada vez más elevada de abandono del empleo por despido, traslado, reconversión, subcontrata o deslocalización. Y ni siquiera el capital humano sirve ya, como antes sucedía, para protegerse frente al riesgo de abandono del empleo, pues la reconversión tecnológica amortiza las titulaciones en plazos cada vez más cortos, obligando a sus titulares a renovar y reciclar su formación profesional.

Esto ha hecho que las personas ya no se sientan sujetas, integradas o identificadas con sus puestos sino que, por el contrario, se sienten sueltas o desarraigadas, mientras flotan libremente por el espacio social sin fijeza alguna. Es el signo del nómada emigrante, que tras ser expulsado de su suelo originario ha pasado a ser el modelo del nuevo destino social en el que temen reconocerse todos los ciudadanos. Y de este modo, la anterior integración social ha sido sustituida por el nuevo riesgo de desarraigo, exclusión y marginación social.

Además de esta precariedad laboral, el otro gran riesgo de desestructuración social se debe al consiguiente incremento de la movilidad social que se deriva de ella. Esto en sí mismo puede ser considerado como positivo, pues también incrementa las oportunidades de experimentar movilidad ascendente, y no sólo el riesgo de sufrir movilidad descendente. Así, puede demostrarse que las oportunidades de ascenso social son hoy bastante más elevadas en la nueva sociedad postindustrial que en la vieja sociedad industrial. Pero la gran diferencia es que, ahora, aunque sean estadísticamente más elevadas, esas

oportunidades de ascenso social son inciertas, imprevisibles, aleatorias y contingentes, sin adecuada proporción con los méritos adquiridos o los esfuerzos invertidos en tratar de acceder a ellas.

Antes de 1975, resultaba difícil elevarse en la escala social, pues los canales de ascenso meritocrático previstos socialmente, como la educación universitaria por ejemplo, eran demasiado angostos y pocos lograban atravesarlos con éxito. Hoy en cambio, cuando esos canales de promoción social ya están abiertos a casi todos, no por ello garantizan el ascenso social. Por el contrario, muchas veces ascienden con mayor facilidad los oportunistas que utilizan canales paralelos y clandestinos como el tráfico de influencias, los pelotazos financieros o la especulación inmobiliaria. Lo cual genera una sensación de inutilidad, injusticia y desproporción entre merecimientos y recompensas, desincentivando el esfuerzo ante la incertidumbre o improbabilidad de rentabilizarlo. Es lo que ocurre con la frustración de los 'mileuristas', que a pesar de su elevado capital humano se encuentran con obstáculos imprevistos que obstruyen su capacidad de ascenso social.

Y ambos fenómenos asociados, la precaria flexibilidad laboral y la aleatoria movilidad social, han acabado por desestructurar el sistema social, que si antes parecía injusto por rígido e inmutable, hoy en cambio cada vez parece más injusto por incierto, volátil, azaroso, imprevisible y contingente. Es la sociedad 'líquida' de la que habla Bauman, en la que ningún compromiso ni proyecto a largo plazo resulta ya viable, dado su elevado riesgo de quiebra, ruptura o fracaso.

### ***Secularización institucional***

En paralelo a unas estructuras sociales cada vez más inestables, fluidas y lábiles, también las instituciones sociales, como la familia, la enseñanza, la ciudad o el estado, se están viendo progresivamente desautorizadas. Aquí las razones de semejante desinstitucionalización no están tan claras, pues unos le echan la culpa a la globalización neoliberal, otros a los efectos perversos de los medios de comunicación masiva (televisión, internet...) y otros, en fin, a la crisis de los valores (de la que no se sabe muy bien a quién culpar).

Pero si no hay acuerdo en torno a la etiología causal, sí lo hay respecto al diagnóstico sintomático, que exhibe un cuadro clínico bien conocido como síndrome del padre ausente. Sencillamente, las instituciones no funcionan, han dejado de cumplir su papel regulador y han malgastado el crédito que antes tenían porque sus titulares han perdido el control, haciendo dejación de sus funciones y responsabilidades. Así lo señalan todas las encuestas, cuando revelan que los políticos, los gobernantes, los empresarios y demás responsables institucionales están todavía más desprestigiados que las organizaciones a las que representan, por lo que parece haber unanimidad en atribuir la desautorización de las instituciones a la dimisión o a la incompetencia de las autoridades que las dirigen y se

responsabilizan de ellas, ya sean padres, educadores, gobernantes, empresarios o líderes de opinión.

Y algo de esto debe de haber, cuando las informaciones de prensa están cada vez más centradas en la denuncia de los escándalos de corrupción protagonizados por los más dudosos personajes que se encargan de dirigir las instituciones. Y claro está, cuando los responsables institucionales pierden su autoridad moral, las instituciones a su cargo también resultan desautorizadas a la larga. Ahora bien, más allá de los juicios morales sobre la falta de ética del personal que ocupa los cargos institucionales, deberíamos interrogarnos también sobre las razones que explican que todas las instituciones a la vez, tanto económicas como políticas y civiles, estén siendo representadas por autoridades de dudosa calificación moral. Es verdad que ciertos escándalos de corrupción, como el caso Marbella, deben ser atribuidos a la coincidencia fortuita de circunstancias políticas y jurídicas. Pero no puede ser producto de la casualidad que los escándalos financieros tipo Enron o WorldCom fueran a coincidir con la presidencia de Bush...

Descartando completamente las teorías conspiratorias de la historia por su falta de credibilidad, no queda más remedio que aceptar provisionalmente la hipótesis de la desinstitucionalización. Se diría que, en estos tiempos de acelerado cambio social, las instituciones sociales están perdiendo gran parte de la influencia normativa y la capacidad regulatoria que hasta hace poco tiempo todavía conservaban en buena medida intactas. Y este proceso de progresiva desinstitucionalización, contra el que nos previenen autores como Mary Douglas, actuaría un poco al modo y manera previstos por la teoría de la secularización que propuso Max Weber, con su consiguiente desencantamiento del mundo. Pero si la secularización en sentido estricto sólo afectaba al progresivo descrédito de las instituciones religiosas, esta otra clase de secularización institucional, analizada por autores como Marcel Gauchet, estaría paulatinamente desencantando, desautorizando y desacreditando al resto de instituciones seculares, en tanto que no religiosas: la familia, la política, la economía, la sociedad civil...

Y si la secularización de las iglesias pasa por la privatización del sentido religioso, que deserta de la esfera pública para recluirse en la intimidad privada, lo mismo cabría decir de esta secularización institucional, entendida como desautorización o desencantamiento del resto de las instituciones, que también estarían atravesando por un paralelo proceso de privatización institucional. Sencillamente, nuestras instituciones están dejando de actuar en la esfera pública al servicio del interés general para pasar a comportarse como instituciones privadas al servicio de intereses particulares, y ello tanto en la esfera mercantil, que es donde más se ha intensificado la privatización económica, como en las demás esferas familiares, políticas y civiles, cada vez más inmersas todas ellas en un proceso de creciente privatización institucional, tanto

familiar como política y civil. Lo cual explica que los responsables institucionales, en lugar de servir al interés público, se limiten a defender sus intereses institucionales privados: de ahí el auge del corporativismo y el clientelismo más excluyentes y sectarios.

### ***Desarticulación social***

Al no poder integrarse con suficiente estabilidad en las posiciones que ocupan en la estructura social, y privados de la orientación normativa de unas instituciones públicas cada vez más desautorizadas, los sujetos sociales se ven abandonados a sus propios recursos privados, entre los que destacan las redes sociales de parentesco, compañerismo, amistad y asociación voluntaria. Es lo que sobre todo a partir de Putnam se viene denominando *capital social*, entendiendo por ello los lazos de confianza mutua y reciprocidad generalizada que articulan la urdimbre pública del tejido social. Ahora bien, como el propio Putnam señala (y según he analizado hace poco en otro lugar), se diría que por doquier el capital social está comenzando a declinar.

Los ciudadanos desertan de sus vínculos interactivos o renuncian a utilizarlos como antes, dejan de participar en las redes colectivas de confianza cívica y pasan a recluirse en el refugio privado de su intimidad doméstica. Como sucedía antes con la desintegración estructural y la desautorización institucional, también aquí las razones que explican este declive del capital social son las mismas: la incertidumbre causada por la globalización económica, la inseguridad creada por la sociedad del riesgo, muy amplificadas por el escandaloso alarmismo de los medios de comunicación, el descrédito de la esfera pública que aconseja retirarse a la intimidad de la esfera privada...

Pero además de estas razones que podemos considerar endógenas, el capital social también declina por el impacto de fuerzas externas que lo fracturan y fragmentan. Y aquí destacan dos factores en especial. El primer impacto se debe a las nuevas tecnologías de la información, cuyo efecto directo sobre el tejido social es tanto constructivo como destructivo, en la medida en que aísla a sus usuarios para encerrarlos en las pantallas de sus ordenadores. Es verdad que este déficit participativo está compensado por el gran incremento de la interconexión a redes digitales que caracterizan a la sociedad de la información. Pero esta ganancia no parece saldar aquella pérdida, pues cada vez hay más indicios para pensar que las nuevas conexiones virtuales sólo se activan en detrimento de las interacciones reales, que tienden a reducirse tanto en cantidad como en calidad.

El otro factor cuyo impacto está fracturando las redes del capital social es el rápido incremento de la inmigración, que está multiplicando la heterogeneidad cultural de las poblaciones urbanas. Los inmigrantes acceden a nuestras ciudades inmersos en sus propias redes sociales de parentesco y confianza mutua, redes segregadas que se automarginan o

son excluidas del capital social mayoritario. Pero además, estas redes sociales inmigrantes actúan como cuñas de distinta madera, contribuyendo a fracturar y cuartear el capital social autóctono, que tiende a encerrarse a la defensiva en la exclusión xenófoba.

Lo cual demuestra que el impacto de la inmigración sobre el capital social es de doble naturaleza, pues no sólo lo fractura y fragmenta, reduciendo su extensión o alcance cuantitativo, sino que además invierte cualitativamente su signo, dejando de ser inclusivo para convertirse en excluyente. Aparece así la dicotomía entre dos formas de capital social, uno positivo y otro negativo. El capital social positivo es incluyente y creador de confianza pública, como ocurre por ejemplo con los ateneos populares o los círculos de lectores. Mientras que el capital social negativo es excluyente y sólo crea desconfianza pública, tal como sucede con las mafias o las redes clientelares.

Pues bien, el peor impacto de la inmigración y otros factores exógenos de riesgo global (como la criminalidad organizada y el terrorismo internacional) no es sólo la erosión del capital social positivo sino su inversión en capital social negativo, que recluye a los ciudadanos en redes segregadas y excluyentes. Unas redes desconfiadas en las que se encierran a la defensiva tanto los ciudadanos autóctonos, encastillados en sus urbanizaciones privadas, como los ciudadanos inmigrantes, recluidos en sus guetos comunitarios. Y entre unas y otras redes segregadas no reina más que la incomunicación, la incompreensión y la exclusión mutuas, separados por la barrera cultural del miedo, la desconfianza y el odio, sin poder contar con instituciones mediadoras capaces de salvar tan grave fractura social.

### ***Bricolaje biográfico***

Como resultado de los tres fenómenos que acaban de citarse (desintegración estructural, desautorización institucional y desarticulación social), los sujetos individuales pasan a experimentar lo que Sennett bautizó como 'corrosión del carácter': una especie de anomia normativa que les impide responsabilizarse como antes de su propia reconstrucción biográfica. Es lo que se conoce a partir de autores como Ulrich Beck bajo el concepto de 'proceso de individualización'.

En otro lugar he analizado el modo en que los seres humanos construimos nuestras biografías a lo largo de un proceso caracterizado por la corresponsabilidad. En contra del mito individualista, nadie puede "hacerse a sí mismo", sino que ha de hacerse en interacción con los 'otros significantes' que comparten su mismo entorno social. De modo que la conducción biográfica es de responsabilidad tanto personal o endógena como interactiva o exógena. Es el esquema orteguiano sobre el yo y sus circunstancias, pero entendiendo que tales circunstancias son siempre interactivas. Pues bien, lo característico de la conducción biográfica en la sociedad actual es que está cambiando tanto

la responsabilidad personal o endógena como la responsabilidad exógena o interactiva, así como la correlación de fuerzas entre ambas.

En las sociedades premodernas, la responsabilidad personal era mínima, pues las biografías humanas se decidían en función de factores externos derivados de la familia y la comunidad local. En la sociedad moderna que podemos llamar industrial o clásica, esas responsabilidades estaban equilibradas entre sí, pues los factores sociales limitaban, completaban y compensaban a los factores personales. Pero en la sociedad posindustrial, puede decirse que la responsabilidad social se ha reducido al mínimo, y las personas se ven obligadas a responsabilizarse a solas de su propia conducción biográfica.

A este último cambio de la responsabilidad compartida es al que Beck denomina 'individualización'. Ahora, los factores externos (como la familia, la comunidad local, la posición ocupada o el grupo de compañeros) pesan menos que nunca, y las personas deben asumir a solas la responsabilidad sobre la conducción de su vida sin control ni protección externos. Y esto como consecuencia directa de los cambios antes analizados, pues los individuos actuales están ahora 'liberados' de su anterior integración estructural, las instituciones actuales carecen de autoridad normativa para dirigir la construcción biográfica y, finalmente, tampoco hay ya reservas suficientes de capital social al que recurrir para gestionar interactivamente la conducción biográfica.

Pero cuando el entorno social ha fallado, también falla la propia capacidad individual, que privada de sus vínculos externos pierde gran parte de su virtualidad potencial. La condición del huérfano que ha de hacerse a sí mismo sin el auxilio de su entorno institucional se caracteriza por una incertidumbre que puede llevar a la impotencia. Por lo demás, ser individualista exige tomar decisiones a largo plazo en un entorno lo suficientemente estable para que las inversiones de futuro tengan probabilidades de cumplirse con éxito. Pero cuando el entorno es incierto y los riesgos de despido, deslocalización o divorcio se hacen cada vez más probables, los destinos futuros tampoco resultan seguros ni previsibles, por lo que ya no tiene sentido esforzarse para alcanzarlos, y entonces aparece la corrosión del carácter.

Puede resumirse esta incapacidad para conducir la propia vida mediante la teoría del capital social, entendido como recurso individual complementario al capital humano. Para integrarse meritocráticamente en una sociedad tan competitiva como la nuestra, el capital humano no basta; además, hace falta capital social, entendido como aquella red de relaciones e influencias que sirven como canal de acceso a las posiciones buscadas. Pero, este capital social puede proceder de dos fuentes. De una parte está el capital social familiar: la red de relaciones e influencias heredada de los progenitores en virtud de su permanente arraigo en un determinado medio social. Y además está el capital social propio: la red de relaciones e influencias adquirida por uno mismo en

virtud de su propia participación en ciertos medios sociales: educación, amor, amistad, trabajo, profesión, civismo...

Pues bien, lo más problemático de nuestra sociedad es que ambas modalidades de capital social, el heredado de la familia y el adquirido como propio, están comenzando a declinar. El capital social familiar tiende a amortizarse antes de que pueda ser heredado como consecuencia de la aceleración del cambio social, que devalúa las relaciones e influencias acumuladas por los progenitores antes de que puedan asignarse a la futura integración de sus descendientes. Pero como consecuencia del incremento de la movilidad y el desarraigo, el capital social adquirido como propio también tiende a devaluarse y amortizarse en plazos cada vez más cortos, sin que pueda ser reutilizado en la búsqueda y encuentro de nuevas oportunidades de integración social.

Y el resultado es el mismo: sin la doble red de seguridad que proporcionaba el capital social heredado y adquirido, las personas quedan desvinculadas a la intemperie, obligadas a reconstruir sus vidas sin el auxilio de guías, agendas o mapas sociales que las conduzcan y las conecten a sus interlocutores y posibles *partenaires*. De este modo, el “sé tú mismo” de la premodernidad y el “hazte a tí mismo” de la modernidad se han visto sustituidos por el más casual “hágalo usted mismo” de los manuales de usuario que nos enseñan a improvisar. Y así es como por defecto las vidas se construyen tanteando a tientas las distintas opciones vitales en una suerte de miope bricolaje biográfico tan aleatorio y contingente como aventurado y gratuito.

### ***Metaeducación***

Regresamos así para concluir a la metaeducación. Por este concepto entiendo el aprendizaje implícito que, al margen de la educación formal, debe interiorizar cada joven para adaptarse a nuestra cambiante sociedad. Pues en efecto, los fallos educativos que se detectan en la enseñanza deben ser atribuidos a las transformaciones sociales que acaban de relatarse: la desestructuración ocupacional, que impide identificarse con las ‘carreras’ y los ‘puestos fijos’ para los que prepara la educación formal; la secularización institucional, que desautoriza a las familias, a las escuelas y a los profesores; el declive del capital social, que quiebra la solidaridad comunitaria y destruye la confianza pública fomentando el acceso de nuestros jóvenes a redes antisociales; y la incertidumbre biográfica, que impide planificar el futuro a largo plazo e induce un miope conformismo absentista.

Ante este estado de cosas no cabe responder con el derrotismo pesimista. Es verdad que las transformaciones sociales que acaban de citarse ejercen efectos perversos y no pueden ser neutralizadas. Pero advertirlo no debe conducirnos a la impotencia educativa. Por el contrario, hay que hacer de necesidad virtud. Y tanto a nivel individual como colectivo, lo que hace falta es anticiparse preventivamente a tales

cambios para adaptarse a ellos con las mejores posibilidades de éxito como si constituyeran una oportunidad en vez de un riesgo.

Para hacer frente a la desestructuración ocupacional, hay que educar a la gente en el aprendizaje de la movilidad tanto geográfica y residencial como profesional y ocupativa. Hay que adaptarse a la precariedad y la deslocalización laboral redefiniéndola en sentido constructivo como flexibilidad profesional. Lo cual exige por supuesto un desarrollo de las capacidades centrado en el cultivo de la innovación, la iniciativa y la versatilidad, huyendo para ello del culto a la seguridad, el conformismo y la rigidez. No hay que formar para ocupar posiciones predefinidas como inamovibles y cerradas de una vez por todas sino plurales, cambiantes y abiertas a todas las contingencias.

Para adaptarse a la desautorización institucional, hay que educar a la gente en el aprendizaje del espíritu crítico pero imparcial y ecuánime, capaz de reconocer los méritos allí donde aparecen. Pues la respetabilidad de autoridades e instituciones nunca debe darse por sentada (como sucedía en la vieja sociedad de la reverencia institucional) sino que ha de ganarse y confirmarse cada día mediante el buen ejemplo moral y el más recto ejercicio de la autoridad institucional. Sólo quien ha sido capaz de criticar con imparcialidad el desempeño ajeno de los cargos, exigiendo responsabilidad y rendición de cuentas (*accountability*) a sus ocupantes, será capaz de ejercerlos después con toda propiedad. Y el mejor ejemplo de esta recíproca exigencia es quizá la deportividad y el juego limpio: la regla de oro que debe presidir la prestación efectiva de responsabilidades institucionales. Una deportividad crítica pero intachable que constituye la mejor metáfora de la competencia educadora y de la competición educativa, como símbolo simultáneo tanto de la enseñanza como del aprendizaje.

La educación también puede servir para la reconstrucción permanente del capital social, hoy declinante como hemos visto a causa de la desestructuración social. Y esto implica transformar el sistema educativo para hacer de él un proveedor no sólo de capital humano sino además de capital social. Para ello, las aulas no deben entenderse como sociedades cerradas donde se congregan grupos de coetáneos excluyentes sino como sociedades abiertas donde convivan redes inclusivas de interlocutores plurales: crisoles que entrenen a los futuros ciudadanos en la democracia deliberativa constituyendo auténticas esferas públicas de debate. Y el mejor ejemplo es la experiencia universitaria de la red Erasmus, que intercambia estudiantes fomentando su recíproca movilidad entre las cuatro esquinas europeas.

Finalmente, para entrenarse en el bricolaje biográfico del proceso de individualización, hay que hacer de la enseñanza un espejo vital, y de la formación continua una metáfora de la propia vida, entendida como itinerario lineal de la cuna a la tumba a través de una serie de estaciones de paso separadas por encrucijadas vitales que exigen iniciativas, decisiones arriesgadas, prestaciones sacrificadas y

esfuerzos de autosuperación. Es la función de la metaeducación, que enseña a enfrentarse a lo que hay más allá de la educación, que es la vida real con todas sus contingencias y amenazas. Pues lejos de hacer de la educación una esfera ideal, encerrada en sí misma y apartada de la realidad circundante, hay que hacer de ella una vía de acceso cartesiano a la vida real, llena de dudas razonables, generadora de riesgos y caracterizada por la incertidumbre sobre su destino final.

[E. GIL CALVO: 14-09-06]

### **Referencias**

- Zygmunt BAUMAN: *La sociedad individualizada*, Cátedra, Madrid, 2001.
- Ulrich BECK: *La sociedad del riesgo global*, Siglo XXI, Madrid, 2002.
- Ulrich BECK y Elisabeth BECK-GERNSHEIM: *La individualización*, Paidós, Barcelona, 2003.
- Daniel BELL: *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Alianza, Madrid, 1976.
- Manuel CASTELLS: *La era de la información*, Alianza, Madrid, 1997.
- Mary DOUGLAS: *Cómo piensan las instituciones*, Alianza, Madrid, 1996.
- Chris FREEMAN y Luc SOETE: *Cambio tecnológico y empleo*, Fundación UNIVERSIDAD EMPRESA, MADRID, 1996.
- Marcel GAUCHET: *El desencantamiento del mundo*, Trotta, Madrid, 2005.
- Kenneth GERGEN: *El yo saturado*, Paidós, Barcelona, 1992.
- Enrique GIL CALVO: *Nacidos para cambiar. Cómo construimos nuestras biografías*, Taurus, Madrid, 2001.
- Enrique GIL CALVO: "El eclipse del capital social", *Claves de Razón Práctica*, núm. 164, pp. 42-49, Madrid, julio/agosto 2006.
- Carlota PÉREZ: *Revoluciones tecnológicas y capital financiero*, Siglo XXI, México, 2004.
- Robert PUTNAM: "La comunidad próspera. El capital social y la vida pública", *Zona Abierta*, núm. 94/95, pp. 89-104, Madrid, 2001.
- Robert PUTNAM (ed.): *El declive del capital social*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003.
- Richard SENNETT: *La corrosión del carácter*, Anagrama, Barcelona, 2000.
- Joseph STIGLITZ: *El malestar en la globalización*, Taurus, Madrid, 2002.